

MÚSICA CONTRA LA VIOLENCIA

Anna Bofill Levi

Compositora y doctora arquitecta

Diana Pérez Custodio

Compositora y Docente en el Conservatorio Superior de Música de Málaga

Marisa Manchado

Compositora y docente

Pilar Jurado

Compositora, cantante y directora de orquesta

Resumen:

Mesa redonda del Taller de Compositoras del 14 Festival de Música Española de Cádiz., celebrado en el Teatro Muñoz Seca de El Puerto de Santa María el 19-11-2016.

El tema de la mesa redonda “música contra la violencia” surgió a raíz del acto terrorista ocurrido en París en noviembre de 2015, precisamente mientras se realizaba la sesión de trabajo del Taller.

Palabras Claves:

música y violencia

MUSIC AGAINST VIOLENCE

Abstract:

Round table of the Workshop of Composers of the 14th Festival of Spanish Music of Cádiz., Held at the Muñoz Seca Theater of El Puerto de Santa María on 11-19-2016.

The theme of the round table "music against violence" arose as a result of the terrorist act that took place in Paris in November 2015, precisely while the workshop was being held.

Keywords:

music and violence.

Bofill Levi, Anna, Pérez Custodio, Diana, Manchado, Marisa y Jurado, Pilar. "Música contra la violencia". Música Oral del Sur, n. 14, pp. 205-216, 2017, ISSN 1138-857

Fecha de recepción: 22-2-2017 **Fecha de aceptación:** 30-10-2017

INTRODUCCIÓN

Esta mesa redonda fue un acto del Taller de Mujeres Compositoras que se celebró antes del concierto del mismo Taller con estrenos absolutos por encargo del 14 Festival de Música Española de Cádiz 2016. En el concierto titulado *12 miniaturas contundentes* el Cuarteto de la Habana estrenó 12 cuartetos de cuerda de 12 compositoras.

El tema de la mesa redonda y del concierto surgió a raíz del acto terrorista ocurrido en París en noviembre de 2015, precisamente mientras realizábamos la sesión de trabajo del Taller y escogíamos un argumento creativo para el siguiente festival.

El Taller en esta convocatoria del 2016 tomó la decisión de redactar un escrito para manifestar la creación de obras musicales contra la violencia. También se consideró oportuno organizar una mesa redonda sobre el tema. El escrito además de ser una introducción al espíritu de las obras estrenadas en el concierto actuó como motivador para las intervenciones de las compositoras participantes en la mesa redonda.

El manifiesto dice lo siguiente:

El Taller de Compositoras, que este año cumple ya su undécimo aniversario, quiere comunicar los objetivos de su actividad y del concierto propuesto para este año.

Existe otra mirada, otro punto de vista sobre el mundo, la sociedad y la cultura. Esa mirada es la de las mujeres. Desde esta óptica las compositoras manifestamos que existe poca visibilidad y poco reconocimiento de la actividad de las mujeres en el campo de la cultura, el arte y en particular la música. Así mismo queremos constatar la escasa programación de obras de mujeres en los conciertos y festivales de música. Hasta el momento en el mundo occidental se ha desarrollado por un lado todo un corpus de teoría e historia de la música en los estudios de género y en la musicología feminista que recupera el trabajo y la creación de las mujeres en la música y por otro lado existe un conjunto de instituciones y asociaciones que se dedican a promover y reconocer el trabajo de las creadoras en el sector de la Música. El Taller de Compositoras del Festival de Música española de Cádiz se propone trabajar a favor de este reconocimiento, mediante el estímulo y el apoyo del Área de Música de la Agencia Andaluza de Instituciones Culturales de la Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía.

Para la edición de 2016 en el Taller se ha propuesto realizar un concierto para cuarteto de cuerda escogiendo como lema “NO a la violencia”.

Estamos viviendo un momento histórico en el que la violencia se nos presenta como hecho inevitable de la vida. Asistimos cotidianamente a través de los medios a acontecimientos de guerra continua que causa la muerte de población civil inocente especialmente niñas, niños y mujeres. Por no hablar de las muertes de mujeres en manos de la violencia machista.

Desde la visión y el sentir de las compositoras de este Taller, creadoras de arte, de conocimiento, de emociones, de felicidad y de paz, deseamos comunicar a través de nuestras obras musicales que la cultura y particularmente la música posee un poder transformador de la

sociedad mediante la escucha activa. La obra escrita por cada una de las creadoras del Taller, teniendo el mismo interés de denuncia, responde sin embargo a su personalidad y a su concepción de la música.

La aportación de cada una de las participantes en el debate refleja lo múltiple, compleja y diversa que es la mirada de cada una de las creadoras. Lo que nos agrupa o nos reúne entorno al tema de la violencia y la música es nuestro deseo y voluntad de manifestarnos en contra de la misma y creer que componer música es una manera de combatirla.

Anna Bofill Levi centra su exposición en dos ideas clave, la violencia como hecho inevitable de la vida, y la Música como poder transformador de la sociedad. Intenta responder a las preguntas sobre la relación entre Música y Violencia y cómo puede la Música ofrecer estímulos de paz o por el contrario incitar a la violencia como ocurre con algunos tipos de música. Asimismo trata de explicar cómo el Arte y especialmente la Música debe hacer pensar, es decir desarrollar el conocimiento y la inteligencia, así como despertar las emociones y los mejores instintos de las personas. Explica que la recepción de la música es una actitud activa, y cómo la escucha activa capacita a las personas a mejorar sus sentidos y utilizar su energía, la de los sonidos, para transformar su mundo interior.

Diana Pérez Custodio hace una reflexión que ella misma considera no intelectual, no científica al intervenir en el debate, como ella misma dice, “desde la inocencia de la utopía”... “la utopía como un estado deseable del ser humano hacia el que hay que caminar.....sin descanso....”. La violencia como expresión de la ira, la posibilidad de combatirla con estrategias pacíficas como las de Gandhi aunque no resulte fácil. Hace la propuesta de desarrollar un trabajo interior personal para la construcción de la utopía de la no violencia, recordando las recomendaciones del Doctor Bach inventor de los remedios florales y cita las palabras de Mahatma Gandhi que centran el concepto de utopía en el amor, la verdad, la honestidad, la sobriedad, la valentía, el respeto hacia el otro, la hermandad y solidaridad, como valores que residen en nosotros mismos y que sólo nosotros podemos hacer crecer.

Marisa Manchado recuerda que el patriarcado es una organización social desigual que propicia que la violencia sea algo cotidiano, general y transversal. En cuanto a la violencia ejercida contra las mujeres retoma la definición de Amelia Valcárcel de los tres niveles de violencia y afirma que como artistas, desde la conciencia de ser mujer y el horror ante el mundo que nos rodea, nuestra música debe alzar su voz, su grito, a favor de nuestras compañeras.

Pilar Jurado hace una exposición de algunos de los tipos de violencia que sufre la sociedad del siglo XXI y sobre todo las personas y colectivos con menos derechos como son las poblaciones víctimas del terrorismo, las mujeres y los niños. Acentúa la gravedad del hecho de que “la violencia se asienta más en la medida en la que el individuo decide ignorar su existencia.....porque.....convive con la ignorancia, la manipulación, la irracionalidad....” según sus palabras. Concluye con una reflexión sobre el Arte y la Música como actividades

humanas movedoras de conciencias, transformadoras e iluminadoras de otros caminos. En este papel sitúa a las mujeres como relevantes protagonistas.

LA MÚSICA COMO RESPUESTA A LA VIOLENCIA

Anna Bofill Levi

Del escrito/manifiesto que introduce el concierto y que motiva esta mesa redonda destacaré dos ideas clave: “Estamos viviendo un momento histórico en el que la violencia se nos presenta como hecho inevitable de la vida. Y la Música como poder transformador de la sociedad.” (del Manifiesto del Taller de Mujeres Compositoras 2016)

Yo me pregunto : ¿qué relación hay entre la música y la violencia? Y ¿cómo puede la Música en tanto que sistema de comunicación no verbal, como siempre se ha considerado, ofrecer un entorno sonoro que estimule un estado de paz, de tranquilidad, de bienestar o por otro lado incitar a la violencia ?

No todas la músicas son iguales ni provocan el mismo tipo de sensaciones y de emociones en las personas que escuchan. Por un lado tenemos la *música popular*, cuya función es específicamente de entretenimiento, que hoy día tiene muchas ramas, la canción, el pop, el rock, el dance, la música latina, etcétera. Por otro lado está la *música folclórica o tradicional o étnica y el Jazz*. Y luego tenemos la llamada *música culta* que hoy día se considera más bien destinada solo a audiencias minoritarias.

En la música popular desde el *new age* al *heavy metal* vamos de una música tranquila y relajante a una música nerviosa, excitante y violenta. Hay canciones de rock que son muy violentas tanto en su expresión sonora como en el contenido de sus textos.

Otro ejemplo, en este caso de uso violento de la música clásica, es el que nos ofrece Stanley Kubrik en su impactante película *La naranja mecánica* en las escenas en las que el protagonista es torturado con la Novena Sinfonía de Beethoven. Pero este es otro aspecto de la violencia en la música, que tiene que ver con el *que*, el *cuando* y el *como* se recibe la música. ¿Porqué se nos inundan los espacios públicos como los vestíbulos, grandes almacenes, aviones, salas de espera, etc., etc. con músicas de dudosa calidad que no deseamos escuchar en ese momento y que considero es una violación de nuestro espacio mental a través de los oídos?

Como compositora de música llamada “culta” me interesa la música en tanto en cuanto me ofrece la posibilidad de pensar, de conocer, de descubrir nuevas realidades artísticas que me provocan estados de ánimo y emociones que llegan a mi sensibilidad a través de mi inteligencia. Y como artista deseo que las personas a las que les pueda llegar mi música tengan una actitud activa y no pasiva en la recepción de la misma. Considero que hay en la recepción del arte en general una actitud pasiva, de esperar el entretenimiento, aquello que te haga salir de las preocupaciones cotidianas, que te produzca sensaciones placenteras, sin embargo también hay un público preparado para recibir música culta y ejercitar una

escucha activa, aquella que participa del esfuerzo creativo de la artista, que es capaz de situarse de una manera abierta ante los estímulos sonoros y de reaccionar con todo su cuerpo, sus sentidos, su capacidad cognitiva a esa energía que le está llegando a través de lo que oye, transformándola en algo personal, algo que le hace imaginar mundos desconocidos.

Dicen que la música crea un mundo de paz, que por su propia esencia y su lenguaje universal, no verbal, es un elemento de unión entre las gentes, entre los pueblos, y tenemos muestras de esto como en aquel famoso episodio de la primera guerra mundial en el que las tropas alemana, francesa y escocesa atrincheradas frente a frente llevando duros combates decidieron en la tregua de Nochebuena juntarse todos para cantar villancicos de sus países y celebrar una misa. Al amanecer, rota la tregua, volvieron a enviarse granadas y a luchar cuerpo a cuerpo contra los que habían estado compartiendo música y champagne.

Aunque la música durante mucho tiempo haya tenido una función social, aunque pueda haber músicas para todo tipo de acontecimientos sociales desde las canciones de cuna hasta las marchas militares pasando por la música de baile y la música para las funciones litúrgicas de la iglesia, a mi me interesa aquella música que provoca, que construye realidades nuevas, que estimula mundos imaginarios que también son un trozo de realidad, que tienen alguna semejanza con ciertas imágenes de la naturaleza o de los seres vivos o que simulan mundos microscópicos o del cosmos.

La naturaleza contiene mucha violencia y a veces la mejor manera de oponerse a ella es ejercitando otra violencia. Las culturas antiguas pretendían que el universo estaba regido por la armonía de las esferas, un concepto musical, basado en los números y las proporciones, porque esta era una explicación coherente de la estabilidad y del equilibrio de la Tierra en el Cosmos. Esta concepción científico/musical llegó hasta el Renacimiento. Con el avance de los descubrimientos científicos y de las teorías físico/matemáticas se llegó a pensar en la teoría del Bing-Bang para explicar el origen del Cosmos, que es de una violencia extraordinaria.

Pero la violencia a la que nos referimos es la violencia de personas o grupos sociales hacia otras personas o grupos como mujeres o niños o pueblos desheredados de la tierra. Violencia muchas veces surgida de actitudes prepotentes y consecuencia de conductas depredadoras, ambiciones imperialistas, codicias desorbitadas. A veces estas conductas violentas son inherentes a los individuos que las ejercen, a veces son consecuencia de condiciones de vida al borde de lo humanamente tolerable. Es un tema de una enorme complejidad sobre el que se ha hablado muchísimo y que merece una reflexión continua dado el giro tan preocupante que están tomando los poderes institucionales de este nuestro planeta.

Hace falta alimentar las conciencias de las personas, además de sus estómagos por supuesto, con elementos que las motiven hacia conductas edificantes y que las desvíen de sus deseos de destrucción o autodestrucción, alimentadas por el odio, por la insatisfacción, el resentimiento o la envidia.

Con la música que creamos podemos contribuir a ofrecer una actividad, la de la escucha activa, actividad que promueva actitudes muy diferentes a las de esta violencia individual que permea en nuestra sociedad actual con tanta intensidad. Y no solo eso, también motivar a la participación en la creación musical desde las escuelas, desde la infancia.

LA NO VIOLENCIA COMO UTOPIÁ

Diana Pérez Custodio

Muchas gracias Anna, y gracias a todos los presentes, compañeras, organizadores y público en general por vuestra presencia y por vuestro interés.

Permitidme comenzar mi intervención leyendo un pequeño cuento de León Tolstoi. Dice así:

El sol y el viento discutían sobre cuál de dos era más fuerte. La discusión fue larga, porque ninguno de los dos quería ceder. Viendo que por el camino avanzaba un hombre, acordaron en probar sus fuerzas desarrollándolas contra él.

-Vas a ver- dijo el viento- como con sólo echarme sobre ese hombre, desgarré sus vestiduras.

Y comenzó a soplar cuanto podía. Pero cuantos más esfuerzos hacía, el hombre más oprimía su capa, gruñendo contra el viento, y seguía caminando. El viento encolerizado, descargó lluvia y nieve, pero el hombre no se detuvo y más cerraba su capa. Comprendió el viento que no era posible arrancarle la capa.

Sonrió el sol mostrándose entre dos nubes, recalentó la tierra y el pobre hombre, que se regocijaba con aquel dulce calor, se quitó la capa y se la puso sobre el hombro.

-Ya ves- le dijo el sol al viento- como con la bondad se consigue más que con la violencia.¹

Tratar el tema de la violencia es una responsabilidad enorme, y muchísimo más estando rodeada por estas compañeras de mesa, todas y cada una de ellas, cada una en su ámbito y a su manera, con una larga y probada trayectoria a sus espaldas de reflexión profunda sobre este asunto.

Tengo que confesar que, aunque he vivido muy de cerca circunstancias en las que he podido contemplar, y no sólo contemplar, cómo la violencia va haciendo su eficaz trabajo de devastación, estoy en cambio muy lejos de sentirme capaz de abordar una reflexión de corte intelectual sobre el tema. No poseo conocimientos ni históricos ni científicos sobre esta materia, y cualquier intento de comprender las causas de la violencia desde la razón me desborda de inmediato.

Así que, siguiendo la estela del cuento de Tolstoi, me voy a permitir invertir estos preciosos minutos de tiempo en un ejercicio de deliberada ingenuidad. Y no porque quiera quitarle importancia a este debate, no, sino porque el único sitio honesto desde el que me siento

¹<http://www.leonismoargentino.com.ar/RefSolyViento.htm>. Consultada el 10 de noviembre de 2016.

capaz de intervenir en él es desde la inocencia de la utopía. La utopía como un estado deseable del ser humano hacia el que hay que caminar desde las entrañas y sin descanso, aunque por el camino tropecemos y caigamos una y otra vez.

La violencia no es más que la expresión de la ira, un estado distópico, un estado de desequilibrio de la persona o sociedad que la ejerce. No es más que el síntoma de una enfermedad del alma. Y, como ante cualquier otra enfermedad, más que su condena considero útil la búsqueda de su sanación. Sobre todo tomando conciencia de que la ira, esa ira cuyas consecuencias tanta repulsa nos producen, reside en nuestro interior, compartiendo estancia con el miedo, la impotencia, la tristeza, y todas las emociones consideradas negativas y contra las que continuamente luchamos.

Hace unos días, volviendo a ver la película sobre la vida de Gandhi, varias frases suyas me iluminaron al respecto. Ante los deseos de represalia de los suyos frente a una masacre horrible, les decía: “¿Luchamos para cambiar las cosas o para infringir un castigo? Todos somos pecadores y hemos de dejar a Dios la potestad de castigar.” Más adelante, en otro caso similar decía: “Quiero cambiar su mentalidad, no matarles por debilidades que todos tenemos”. Y decía también: “debemos tener al valor de aceptar su ira”. Pero todas estas frases no se referían a la aceptación pasiva, sino por el contrario a una actitud activa y provocativa que, mediante diversas estrategias de no violencia, consiguieran un cambio pacífico y sin daño para nadie. Él utilizaba como punto de apoyo central para dicha estrategias ese “poner la otra mejilla” que tanto se nos ha predicado en nuestra civilización cristiana occidental; decía que debemos tener el valor de recibir muchos golpes sin devolverlos pero sin apartarnos, que eso cambia algo en la naturaleza humana, disminuyendo la violencia y aumentando el respeto.

El problema es que esa actitud de no violencia, que sin lugar a dudas es el camino para la utopía de la que hablo, no resulta fácil en absoluto. De hecho, su exigencia roza la renuncia incluso a algo tan básico como el propio instinto de supervivencia. Pedir a un padre o una madre que acepten un acto violento contra un hijo sin exigir a cambio la venganza es mucho pedir. Pero si nos situamos desde la serenidad todos sabemos en el fondo que la venganza no es el camino.

Así que pongo sobre esta mesa la propuesta del trabajo interior personal como esa pequeña piedra que todos podemos aportar para construir el puente que nos conduciría hacia la utopía de la no violencia.

Ya en los años treinta del pasado siglo, contemporáneamente a la lucha de Gandhi y también en el seno del Imperio Británico pero esta vez en la propia Inglaterra, el Doctor Edward Bach, el inventor de los remedios florales, ofrecía algunas directrices para este cambio de actitud personal que me parecen de gran utilidad. Leo sus palabras:

Recordemos que cuando se descubre el defecto, el remedio consiste no en luchar denodadamente contra él con grandes dosis de voluntad y energía para suprimirlo, sino en desarrollar firmemente la virtud contraria, y así, automáticamente, desaparecerá de nuestra

naturaleza todo rastro de mal. Este es el verdadero método natural de progresar y de dominar el mal, mucho más fácil y efectivo que la lucha contra un defecto en particular. Al combatir un defecto, se aumenta el poder de éste al mantener la atención centrada en su presencia, y se desencadena una verdadera batalla; el mayor éxito que cabe esperar en este caso es vencerlo, lo cual deja mucho que desear, ya que el enemigo permanece dentro de nosotros mismos y en un momento de debilidad puede resurgir con renovados bríos. Olvidar el error y tratar conscientemente de desarrollar la virtud que aniquile al anterior, ésa es la verdadera victoria.

Por ejemplo, si existe crueldad en nuestra naturaleza, podemos repetirnos continuamente: “no voy a ser cruel”, y así evitar errar en esa dirección; pero el éxito en este caso depende de la fortaleza de la mente, y, si se debilita por un momento, podemos olvidar nuestra resolución. Pero si, por otra parte, desarrollamos la compasión y el cariño por nuestros semejantes, esta cualidad hará que la crueldad sea imposible de una vez por todas, pues evitaremos el acto cruel con horror gracias a la compasión. En este caso no hay supresión, no hay enemigo oculto que aparezca en cuanto bajamos la guardia, pues nuestra compasión habrá erradicado por completo de nuestra naturaleza la posibilidad de cualquier acto que pudiera dañar a los demás (Bach 2007:52-53).

Actualmente, casi un siglo más tarde, el nuevo paradigma científico que nos ofrece la física cuántica parece reafirmar las palabras del Dr. Bach desde una base experimental mucho más sólida y fundamentada. Nos hablan de que estas emociones que hemos llamado “negativas” no son más que estados vibracionales de baja frecuencia, y que trabajando en potenciar los estados vibracionales de alta frecuencia, que son los que corresponden a todas las emociones que consideramos “positivas” y que giran en torno a la alegría, las bajas frecuencias quedan automáticamente anuladas; tal y como anunciaba Edward Bach, sencillamente desaparecen.

Bueno, voy ya terminando y lo haré tal una vez más tomando prestadas palabras ajenas. Con ellas creo que queda resumido el concepto de utopía que he tomado como referencia a lo largo de esta intervención; el de la utopía como una flor cuya semilla vive en todos nosotros, que sólo nosotros podemos hacer crecer, y ante cuyo aroma la violencia se desvanece sin más. Las palabras son de Mahatma Gandhi (Turrin 2011:51-52) y dicen así:

Humildemente me esforzaré en amar,
en decir la verdad, en ser honesto y puro,
en no poseer nada que no me sea necesario,
en ganarme el sueldo con el trabajo,
en estar atento siempre a lo que como y bebo,
en no tener nunca miedo,
en respetar las creencias de los demás,
en buscar siempre lo mejor para todos,
en ser un hermano para todos mis hermanos.

MÚSICA, VIOLENCIA, PATRIARCADO

Marisa Manchado Torres

Quizá el título de esta breve intervención no lleva en el orden adecuado las palabras... o tal vez no haya orden posible pues violencia y música son difíciles de casar, o tal vez porque la música “amansa las fieras” sí es posible una secuenciación o una relación causa-efecto. En cualquier caso, es cierto que el detonante de la mesa redonda que nos ocupa fue un acto de violencia indiscriminada (los atentados de París en noviembre de 2015), es decir no fue acto específico de violencia contra las mujeres, pero también es cierto que este taller de compositoras siempre ronda una fecha clave en la repudia de la violencia: el 25 de noviembre, “Día Internacional para la Eliminación de la Violencia contra la Mujer”, desde que en 1999 la ONU lo declarase institucionalmente, en recuerdo de las hermanas Mirabal (Minerva, Patria y María Teresa), dominicanas, feministas y opositoras al régimen de Trujillo, las cuales fueron asesinadas el 25 de noviembre de 1960 por orden del dictador. Latinoamérica y el movimiento feminista latinoamericano desde el asesinato de las tres hermanas, acogió esa fecha como emblema de la lucha contra la violencia ejercida contra las mujeres y es paradójico que esta zona del planeta, una de las más violentas del mundo y con mayor tasa de feminicidios, haya estado y siga estando a la cabeza de la denuncia de la violencia y de la violencia contra las mujeres.

¿Y por qué el patriarcado? Pues porque toda desigualdad, antes o después, genera violencia, es un germen de la violencia, y el patriarcado es una organización social desigual.

En su origen el patriarcado se refiere a la organización social en la que la máxima autoridad viene ejercida por el varón jefe de la familia, dueño y señor del patrimonio, de los hijos, de la mujer, en suma de todos los bienes (donde se incluye a la mujer).

Gerda Lerner (1986) lo ha definido como "la manifestación e institucionalización del dominio masculino sobre las mujeres y niños/as de la familia y la ampliación de ese dominio sobre las mujeres en la sociedad en general"²

En palabras de Marta Fontenla:

(...) el patriarcado puede definirse como un sistema de relaciones sociales sexo-políticas basadas en diferentes instituciones públicas y privadas y en la solidaridad interclases e intragénero instaurado por los varones, quienes como grupo social y en forma individual y colectiva, oprimen a las mujeres también en forma individual y colectiva y se apropian de su fuerza productiva y reproductiva, de sus cuerpos y sus productos, ya sea con medios pacíficos o mediante el uso de la violencia.

Los estudios feministas sobre el patriarcado, y la constatación de que se trata de una construcción histórica y social, señalan las posibilidades de cambiarlo por un modelo social justo e igualitario³.

²Lerner, Gerda (1990): "La creación del patriarcado" Editorial Crítica.

³Fontenla, Marta (2008): "Diccionario de estudios de Género y Feminismos". Editorial Biblos

Por lo tanto la violencia es algo cotidiano y mundial, no exclusivo de un sector social o de una zona geopolítica.

Ahora bien, y ya centradas en la violencia ejercida contra las mujeres, me gustaría subrayar la distinción que hace Amelia Valcárcel de los tres niveles de violencia que soportamos las mujeres⁴:

1. Violencia extrema o nivel altísimo de violencia, es decir todos aquellos actos que acaban con la vida de las mujeres, con la muerte.
2. Violencia media: bofetadas, golpes, patadas....
3. Violencia de baja intensidad, que como dice la Profesora Valcárcel, la padecemos todas las mujeres todos los días, cuando callamos, cuando nos comportamos “políticamente correctas”, cuando no devolvemos la agresión verbal de turno, ...

Esta distinción entre los tres niveles de violencia nos clarifica mucho más nuestras posiciones, como mujeres y en cuanto creadoras, artistas, compositoras, es decir, catalizadoras del mundo actual, catalizadoras de nuestro entorno, catalizadoras y realizadoras de símbolos sonoros que reflejan de manera reflexiva el mundo que nos rodea y simultáneamente lo transforma.

Es pues, desde esa conciencia de mujeres y artistas que podemos aportar nuestro grito de protesta, o nuestro llanto de dolor, o nuestro estupor horrorizado ante el mundo que nos rodea, ante el mundo del que somos partícipes, ante el mundo que compartimos al cincuenta por ciento con los varones.

Nuestra música puede y debe, aunque solamente sea por solidaridad, estar del lado de nuestras compañeras de género y en contra de todo tipo de Violencia, no olvidando en ningún momento esa “violencia de baja intensidad”, que corroe los pilares de la democracia sin prisa y sin pausa, de manera cotidiana.

De nuevo, la música amansa a las fieras

DE VIOLENCIA

Pilar Jurado

Son muchas y muy variadas las situaciones de violencia que estamos sufriendo en el siglo XXI y siempre las situaciones de desequilibrio afectan en mayor manera a la parte más débil de la sociedad que las sufre, es decir a aquéllos que disfrutaban de menos derechos o a quienes los adquirieron más recientemente porque son los primeros en volverlos a perder. Y

⁴<https://www.youtube.com/watch?v=SDqdWUQxRUQ>

20131115-Amelia Valcárcel. XXIV Feminario Córdoba. La violencia patriarcal a través de la palabra.

de esto, por desgracia, las mujeres sabemos mucho, porque la lucha que nuestras antecesoras han tenido que librar a lo largo de la historia para adquirir la Igualdad, ha conocido éxitos y retrocesos, de cuya experiencia hemos aprendido a no bajar la guardia y defender ese espacio ganado que tanto esfuerzo supuso conquistar.

Poco podíamos imaginar en las últimas décadas del siglo pasado, en el que parecía que la enseñanza de los graves conflictos bélicos mundiales mantendrían a Occidente lejos de contiendas tan cruentas a través de múltiples tratados internacionales y en el que la globalización se nos anunciaba como la panacea, como el camino a ese “mundo feliz” que, al igual que en la novela de Aldous Huxley, se trataba de un caramelo envenenado en el que guerra y pobreza habrían sido erradicadas y la humanidad sería desenfadada, saludable y tecnológica, aunque irónicamente para conseguirlo hubiera que eliminar el concepto de familia, la diversidad cultural, el arte, el avance de la ciencia, la literatura, la religión y la filosofía. Y la mayor de las ironías radica en que la eliminación de la Cultura (con mayúsculas) parece haberse convertido en un plan elaborado sobre el que ya hemos iniciado más que los preliminares y en él que se esconden la mayor parte de los problemas que estamos sufriendo y que están alimentando día a día la violencia en la actualidad. La pérdida de valores y compromisos para con “el otro” se están volviendo en nuestra contra y el miedo, que es el mayor combustible para los violentos, se está convirtiendo en el elemento sobre el que se están dando pasos agigantados hacia la involución.

Vivimos en una situación en la que nuestras libertades están siendo cada día restringidas, nuestros derechos limitados en “pro” de una defensa contra otra violencia, otra guerra encubierta en la que el mundo islámico está alzándose contra la que otrora ejerciese Occidente y la población, consciente en unos casos y absolutamente inconsciente en muchos otros, es la receptora del sufrimiento que genera esta doble agresión que ejerce a través del miedo el terrorismo y la forma en la que los gobiernos aprovechan ese miedo para limitar las libertades de su sociedad.

En mi ópera *La página en blanco*, ya trasladé muchas de las preocupaciones que me producía esa mirada hacia el futuro al que nos dirigíamos a toda velocidad y sin freno: la soledad y la paranoia del individuo actual, sometido a peligros y riesgos de los que desconoce la fuente; las nuevas tecnologías y cómo modifican nuestra conducta en dirección a un post-humanismo del que aún desconocemos sus consecuencias y esa “second life” en la que algunos ya viven a través de sus ordenadores, cambiando esta realidad por otra virtual en la que todo se confunde porque los códigos no responden a arquetipos ya preestablecidos.

La violencia contra la mujer es una manifestación más de esa agresión continua que transita por nuestra sociedad con más impunidad de la que debiera y que observamos con estupor como en la última década ha crecido en las generaciones más jóvenes y de la mano de su tecnología más próxima: los móviles. Los efectos del control consentido por ellas que ejercen sus parejas son los síntomas claros de que algo está fallando y de lo importante que es educar en igualdad y en el respeto a la diferencia. Algo que también queda reflejado en el

acoso escolar, otra de las manifestaciones de crueldad que, pese a no ser algo nuevo, padecen muchos jóvenes y niños hoy en día.

La violencia que aún se sigue ejerciendo sobre los más pequeños es de las que más me impresionan e indignan, porque el mal que se les infringe tiene consecuencias, en muchos de los casos, absolutamente irreversibles y además, en gran parte de ellos, invisibles porque ocurren allí donde el único testigo es la conciencia trastornada del que la ejerce. El trabajo infantil, violencia consentida por algunos gobiernos y refrendada por a aquéllos que miran hacia otro lado mientras sostienen sus lucrativas marcas contratando a empresas que tienen a la infancia entre sus empleados, condiciona la vida de esos más de 168 millones de niños que lo sufren.

Pero lo más grave es que la violencia se asienta más en la medida en la que el individuo decide ignorar su existencia, en la que se asume que es el precio que hay que pagar para mantener un privilegio o la excusa para defender una idea. La violencia convive de una forma increíble con la ignorancia y con la manipulación, la irracionalidad que lleva implícita en su ADN la hace demoledora y en la medida en la que se despoja a la ciudadanía de las herramientas que incitan a la cordura se empoderar y pone contra las cuerdas a quienes creen en un mundo con culturas diversas, avanzado, generoso y capaz de encontrar soluciones. Sólo la Educación y la Cultura son capaces de ahuyentar los miedos, porque sólo cuando sabemos que hay luz tras las sombras somos capaces de superar la parálisis que ejerce el temor y avanzar en una dirección.

En una exposición tan ténebre de la violencia actual, quiero poner un rayo de luz, esa luz en la que el Arte, en todas sus manifestaciones, cobra sentido y que tiene que ver con la capacidad que posee el ser humano de crear, de transmutar a través de la Idea, de canalizar mediante la belleza, de poner foco en lo oscuro para mover las conciencias y mostrar otros caminos. Las mujeres, que tenemos implícito en nuestro ADN la creación y la preservación, estamos llamadas a asumir un importante compromiso con nuestra sociedad y también en la música, porque es una poderosa herramienta que puede ser usada para adentrarnos en lo más profundo del individuo y romper el siniestro lazo de la violencia.

REFERENCES / REFERENCIAS

Bach, E. *La curación por las flores*. 15ª Edición. Madrid: Edaf, 2007. ISBN: 84-7640-668-1.

Turrin, R. *Camino a la espiritualidad*. EEUU: Palibrio, 2011. ISBN: 978-1-6176-4667-6